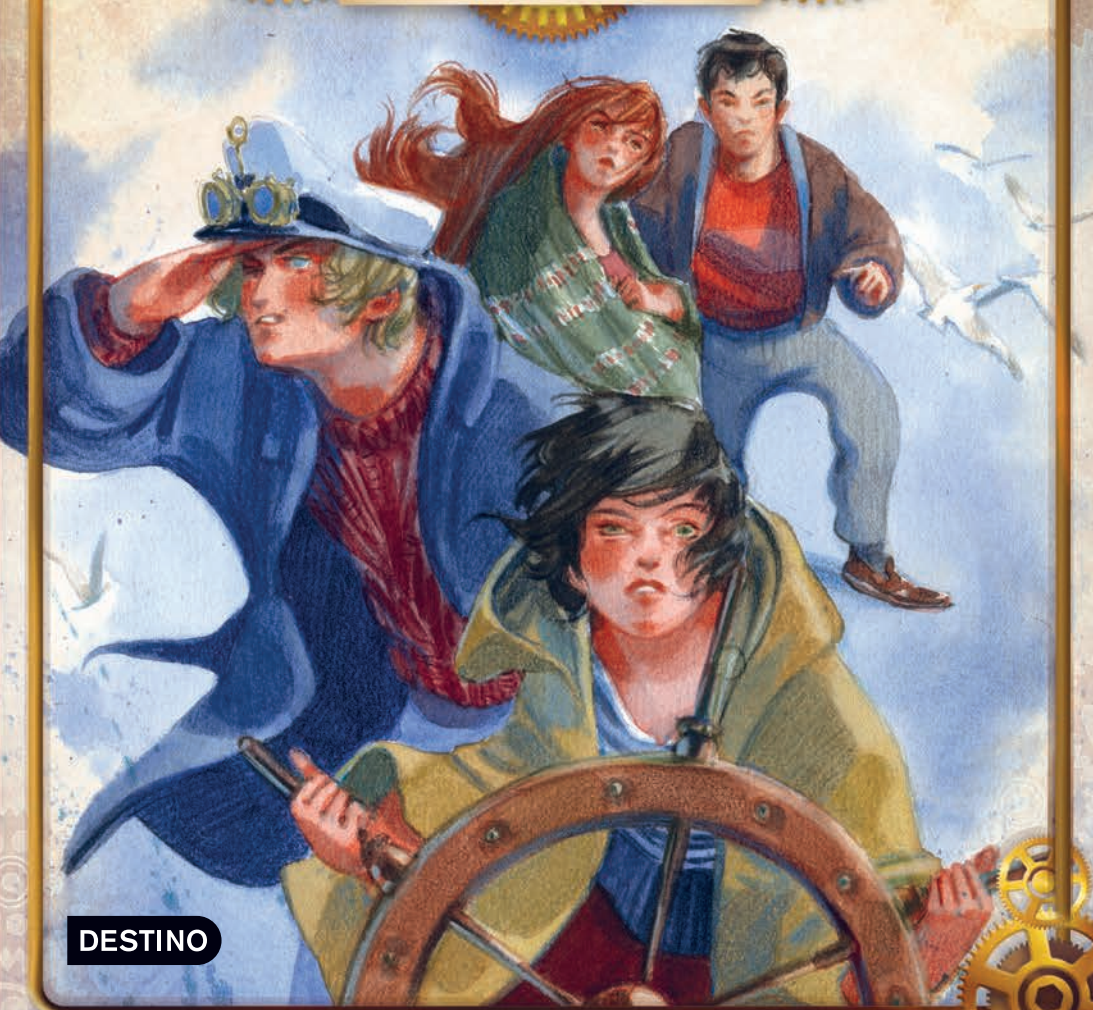
· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

UN CAPITÁN DE DOCE AÑOS



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Un proyecto de Cuca Canals

© del texto: Paula Vidal, 2017
© de las ilustraciones de cubierta: Eva Sánchez Gómez, 2017
© de las ilustraciones de los inventos en el interior: Paco Porres, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-08-17001-3
Depósito legal: B. 5.754-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar con Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

UN CAPITÁN DE DOCE AÑOS

DESTINO

Capítulo 1

CAZANDO BOLAS DE LUZ. HUAN DESAPARECE

—Parece que este lugar esté encantado. ¿No es lo más bonito que habéis visto nunca?

Caroline paseaba su mirada ensoñadora y romántica por el entorno, suspirando de gozo a cada momento. Estaba anocheciendo y una brisa suave les sacudía el pelo a ella y a sus amigos. El cielo, de color anaranjado, rosáceo y azul, se asemejaba a un lienzo pintado por

algún artista parisino. Cada vez había menos luz en el firmamento, pero, en cambio, pequeños destellos luminosos iban apareciendo en los árboles y entre la hierba que crecía bajo sus pies.

Huan, Jules y Marie pasaron corriendo por su lado. Se estaban divirtiendo mucho brincando y saltando, intentando atrapar las pequeñas bolas de luz. Sin duda, ellos no poseían el mismo gusto que Caroline, y no se habían dado cuenta del maravilloso espectáculo que la naturaleza les estaba brindando. La chica siguió contemplando las lucecitas que aparecían entre la vegetación unos instantes más; luego se encogió de hombros y empezó a correr con el cazamariposas alzado en la mano derecha para tratar de alcanzar a sus amigos.

Se encontraban en el Parque de la Luz, que sin duda hacía honor a su nombre. Durante el día era un sitio como cualquier otro; sin embargo, cada noche, justo después del atardecer, el parque se iluminaba con miles de luciérnagas que aparecían como por arte de magia. La oscuridad de la noche nunca llegaba al Parque de la Luz. Los chicos, corriendo de un lado para otro, agitaban los cazamariposas e iban atrapando todas las luciérnagas que podían; los bichos luminosos quedaban fácilmente

enzarzados en la red, de la que ya no podrían volver a salir. Todos se lo estaban pasando fenomenal, especialmente Huan, que era el que más luciérnagas atrapaba mientras no dejaba de reír. De repente, agarró una luciérnaga que centelleaba cerca de la suela de su zapato y se la llevó a la boca. Marie, que lo había visto todo, le gritó horrorizada que no se la comiera. Pero el chico no tenía intención de tragársela: la colocó en su lengua y, tras mirar a sus amigos esbozando una brillante mueca con la boca abierta, dijo algo que a los demás les sonó más o menos así:

—*¡Ia, ios, engo u en a oca!*

Jules lo tradujo correctamente a Caroline y Marie como: «¡Mirad, chicos, tengo luz en la boca!». Y es que Huan prácticamente no podía pronunciar las consonantes por miedo a mover la lengua y tragarse el insecto (aunque sus amigos sospechaban que tampoco le habría importado mucho si la luciérnaga hubiera acabado sin querer en su aparato digestivo).

—Eres repugnante, Huan —dijo asqueada Marie.

—¡Estás loco! ¡Sácate el bicho de la boca! —exclamaba mientras tanto Caroline. Casi ni se atrevía a dirigir la vista hacia su amigo, que parecía un auténtico monstruo con la luz brillando en medio de su boca abierta.

Las chicas miraron entonces a Jules en busca de apoyo, pero este se había echado sobre la hierba y no podía parar de reír, revolcándose entre decenas de puntitos de luz. Marie puso los ojos en blanco y le tendió una mano a Jules para que se levantara del suelo.

Entretanto, Huan, que había cerrado la boca y recobrado la compostura, y parecía un muchacho totalmente normal, se acercó a una joven pareja que paseaba por el parque cogida de la mano. Cuando estuvo enfrente de ellos, abrió la boca en una macabra mueca: la chica chilló muy fuerte al ver lo que sin duda le pareció un fantasma y echó a correr lo más rápido que pudo. Su novio miró con reprobación a Huan y luego salió en busca de su enamorada, que se había escondido entre los árboles.

—Te has pasado, Huan —lo reprendió Marie.

—Ha estado completamente fuera de lugar; seguro que la pobre chica tendrá pesadillas por tu culpa —coincidió Caroline.

Huan, molesto, se sacó la luciérnaga de la boca y le dio unos golpecitos con el dedo índice para que alzara el vuelo. El insecto, atolondrado, descendió en picado hasta el suelo y no remontó.

—Sois unas aguafiestas —murmuró mosqueado.

Jules, que ya se había recuperado de su ataque de risa, aprovechó para recordarles a sus amigos el verdadero motivo de su visita al Parque de la Luz:

—Vamos, es hora de ir metiendo las luciérnagas que hemos ido cazando en los botes de cristal que cogimos de la tienda de los padres de Huan.

Marie y Caroline, que no querían defraudarlo, se apresuraron a hacer lo que Jules les había indicado. El día anterior, cuando planeaban la salida al Parque de la Luz, su amigo les había hablado, con los ojos brillantes y una sonrisa en la cara, de la idea que tenía para su nuevo invento: unas gafas de visión nocturna. Las chicas lo habían escuchado embobadas mientras Jules explicaba en qué consistiría el artefacto y cómo lo iba a fabricar. Huan, normalmente muy entusiasta con los inventos de su amigo, se había quedado en un rincón, muerto de celos por las miradas que las chicas le dirigían.

—¡Qué bonitos, ahora son botes de luz! —exclamó Caroline una vez que hubo llenado y cerrado el suyo. Estaba encantada con el artilugio que iba a inventar su primo. No solo estaba resultando muy divertido ir a cazar las luciérnagas, sino que, además, ¡con unas gafas de visión nocturna, nunca iban a volver a pasar miedo en

los sitios oscuros! Empezó a bailar al son de una música imaginaria, mientras movía el recipiente repleto de luciérnagas en distintas direcciones: lo llevaba de un lugar a otro rápidamente, con lo cual daba la sensación de que agarraba una pequeña estrella fugaz entre sus manos.

Jules, que también había acabado de rellenar su bote de luciérnagas, se quedó observándola largo rato sonriendo. Marie, viendo a Jules tan extasiado con Caroline, frunció el ceño y se volvió hacia Huan para conversar con él y así pensar en otra cosa. Pero Huan no estaba detrás de la chica.

—¿Huan? ¡Huan! —lo llamó.

Caroline dejó de bailar en el acto, y ella y Jules miraron a Marie expectantes.

—¡No lo veo por ninguna parte! —les explicó ella, un tanto alarmada.

Los tres chicos empezaron a buscarlo por el lugar y a gritar su nombre. Los minutos pasaban y no había ni rastro de Huan. Miraron por los alrededores durante un rato; luego, Jules reunió a sus amigas en un pequeño corro.

—Lo que me temía —les comunicó con voz grave y seria—. Como veis, Huan ha desaparecido, y parece que está muy claro lo que ha pasado aquí.

—¿Qué? —preguntaron Marie y Caroline a la vez, puesto que ellas no lo veían nada claro.

—Lo ha secuestrado la Orden Contra el Progreso —les explicó Jules rápidamente—. Siempre nos la han tenido jurada, pero desde que saboteamos su atentado a la Luna, nos tienen más odio que nunca. No consiguieron destruir la Luna porque nosotros se lo impedimos, y ahora deben de estar más furiosos que nunca; nos lo quieren hacer pagar. Ya sabéis que tanto el capitán Nemo como nosotros podemos ser atacados en cualquier momento, y la primera víctima de todo esto ha resultado ser Huan.

—No puede ser, ¡estaba aquí hace tan solo un momento! —chilló Marie—. ¡Huan! ¿Dónde estás?

Caroline se unió de nuevo a sus gritos, ansiosa por obtener respuesta del chico. No era capaz de dejar de pensar en lo que podía hacerle Claude Mathieu, el malvado director del colegio, a su buen amigo. La Orden Contra el Progreso procuraba demoler cualquier atisbo de modernización de la sociedad, pero, hasta ahora, Caroline y los demás siempre habían podido pararle los pies. Sin embargo, ¿qué sería de Los aventureros del siglo XXI si no encontraban a Huan? Aunque no fuera precisamente el más valiente de los cuatro, su inquebrantable lealtad

equilibraba al conjunto. Precisamente fue él quien los salvó a todos en su última aventura, cuando se le ocurrió utilizar la pólvora con la que la Orden iba a destruir la Luna para crear pequeñas bombas que apresaran a sus captores y así poder escapar del lugar. La chica volvió a gritar su nombre, cada vez más nerviosa.

—¡Chists! —Jules se llevó el dedo índice a los labios—. Creo que lo más sensato será permanecer en silencio si no queremos que nos encuentren a nosotros también.

Las chicas callaron atemorizadas e, inconscientemente, se acercaron más a Jules. Todo estaba en silencio y ya era noche cerrada. Caroline iba a abrir la boca para decir que allí no había nadie y que debían seguir buscando a su amigo, cuando, de repente, oyeron un ruido seco. Tragó saliva y se apretó más a su primo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—Seguro que es alguien de la Orden Contra el Progreso que nos ha estado siguiendo —le respondió él también en susurros.

Marie y Caroline se miraron tremendamente asustadas. En aquel instante, vieron una sombra moviéndose en el aire y chillaron, convencidas de que los de la Orden ya habían dado con ellos. Incluso Marie, histérica,

habría jurado que acababa de ver a Mathieu. Escondió el rostro entre las manos durante un par de segundos, y, al notar que no había pasado nada, volvió a mirar la fantasmagórica sombra. Era solo una rama que se había movido por el viento. Suspiró, con el corazón latiéndole fuerte en el pecho del susto.

Pero, de todos modos, ¿qué había sido ese ruido? ¿Y dónde estaba Huan? Los tres chicos seguían apretujados en silencio, mirando hacia todos lados pero sin atreverse a dar un solo paso. Todo fue muy rápido. Alguien puso la mano en el hombro de Caroline, que se dio la vuelta mientras chillaba y se encontró cara a cara con un encapuchado de la Orden Contra el Progreso. Una voz gutural salió de debajo de la capucha:

—¡Vais a morir!

Las chicas chillaban mientras el encapuchado reía maléficamente. Jules estaba tendido en la hierba de nuevo; ¿lo había abatido el encapuchado? Si era así, ¿por qué el joven inventor también reía?

El encapuchado se retiró lentamente la capucha para desvelar su verdadero rostro. Marie ahogó un grito.

—¡Huan! —gritó Caroline en tono de reproche—. Pero ¿qué…?

—Era una broma —exclamó sonriente el chico.

Caroline miró a Jules, que seguía riendo.

—¿Tú lo sabías? —preguntó dirigiéndole una mirada amenazadora.

—Bueno... Sí —reconoció un poco avergonzado—. Lo hemos planeado juntos. Huan debía esconderse cuando yo dijera lo de poner luciérnagas en los botes.

—Pues no ha tenido ninguna gracia, ninguna —los reprendió señalándolos acusadoramente con el dedo—. Ha sido una broma de muy mal gusto; con estas cosas no se juega, chicos. ¡Nos vamos a vengar! ¿Verdad, Marie?

Pero Marie estaba muy seria y no decía nada.

—¿Marie? —preguntó Huan dubitativo—. ¿Estás bien? ¿Te he asustado mucho?

Por toda respuesta, la muchacha empezó a sollozar. Caroline se acercó rápidamente a ella y la abrazó, mirando con odio a los chicos. Jules y Huan permanecieron en el sitio, profundamente avergonzados, sin saber qué hacer.

Jules avanzó un paso hacia su amiga.

—Perdónanos, Marie. Hemos sido unos estúpidos. No hemos pensado en las consecuencias de la broma y la hemos llevado demasiado lejos.

Marie seguía llorando. Jules miró a su amigo y le hizo una seña para que añadiera algo.

Huan carraspeó y se rascó la cabeza.

—Marie... Marie, lo siento mucho, de verdad. —Huan hablaba lentamente para intentar encontrar las palabras—. Jules y yo hemos sido unos brutos y unos insensibles, no merecemos tener unas amigas como vosotras. Perdonadnos, por favor.

Las dos chicas sonrieron un poco, pero Caroline continuaba un tanto enfadada, y a Marie se la seguía viendo muy triste. Lo cierto era que llevaba varios días alicaída, y los otros notaban que estaba más sensible y menos animada de lo habitual. En general, era una chica fuerte, aventurera, con iniciativa, pero últimamente la veían apagada, pocas veces abría la boca y parecía que estuviera a punto de echarse a llorar en cualquier momento.

Marie se desprendió lentamente del abrazo de Caroline y se frotó los ojos, secándose los restos de lágrimas. Miró alternativamente a Huan y a Jules. Ambos la observaban atentamente con ojos suplicantes. Jules hacía un mohín con la boca y Huan había juntado ambas manos implorando perdón. Estaban muy monos, y Marie no pudo evitar esbozar otra sonrisa:

—¿Qué hacemos, Caroline? ¿Los perdonamos?

—A mí me parece que les tendríamos que hacer sufrir un poco más.

—¡Eh, no! —se quejaron ellos.

Caroline hizo como que lo meditaba.

—De acuerdo —aceptó tras unos segundos de silencio—. Pero a partir de ahora os tenéis que portar mejor con nosotras —los advirtió—. Y recordad que la venganza es un plato que se sirve frío.

Jules y Huan rieron, y Marie se esforzó en volver a sonreír.

—Chicos —les dijo entonces—, puede que mi reacción también haya sido algo desmesurada. La verdad es que llevo días preocupada y triste, y esta broma de mal gusto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Los demás aguardaron expectantes a que dijera algo más. Todos la habían notado rara, pero no se atrevían a preguntarle qué le ocurría. Marie seguía cabizbaja y no parecía que fuera a decir nada más, pero, al levantar la vista y descubrir a sus tres amigos mirándola preocupados, se dio cuenta de que podía contarles lo que fuera.

—Sea lo que sea, lo solucionaremos, te lo prometo —dijo Jules para infundirle ánimos.

—Es por el asilo donde trabajo —les explicó Marie entre suspiros—. Ya casi no nos queda dinero y últimamente no podemos dar de comer a los pobres. —Una lágrima volvió a rodar por su mejilla—. Los que más me preocupan son los ancianos... Son más vulnerables que el resto; de hecho, algunos ya han empezado a enfermar. No sé cómo conseguir dinero para que puedan comer. —Enterró la cara entre las manos para que sus amigos no la vieran desmoronarse de nuevo.

Huan, Caroline y Jules la envolvieron en un abrazo y se miraron entre ellos preocupados. Jules tragó saliva. Le había prometido a Marie que solucionarían su problema, pero, ahora que sabía de qué se trataba, no veía la solución por ninguna parte.